

Gente

LA FRASE

“Me prostituiré tanto como sea necesario para sobrevivir a esta catástrofe. Lo que a mí me importa es hacer una gran película. Es algo que se me ha resistido durante épocas”



Woody Allen

El cineasta habla de su vida en la cinta *Woody Allen, el último documental*

ÓSCAR CABALLERO
París
Servicio especial



Una exposición hasta febrero en San Francisco y sus coreografías programadas en Londres, Viena y París demuestran que veinte años después de su muerte –de sida, el 6 de enero de 1993– Rudolf Nureyev sigue vivo. Por lo menos según su propio veredicto, recordado por Brigitte Lefèvre, directora de la danza, en diciembre, cuando la Ópera de París repuso su coreografía de *Don Quichotte*: “Mientras alguien baile mis ballets, no habré muerto”.

Noëlla Pontois, exestrella que el mes próximo, a sus 69 años, tendrá exposición en París y fue su pareja de baile en 1968, reserva su memoria al bailarín que devoraba el escenario. “A su lado –asegura– tenías que superarte para existir. Bailar con él fue la mayor experiencia de mi vida”. Compartida por otras bailarinas: la primera consecuencia de la irrupción de “esa bomba de inaudita belleza”, según Lefèvre, fue la de “restablecer los blasones del intérprete masculino, relegado a transportador de bailarinas hasta su advenimiento”. Lo afirma Hélène Ciolkovitch, historiadora de la danza, para quien “Nureyev reequilibró la pareja en el ballet clásico”.

La suya, tal vez la más legendaria del último medio siglo, la compuso en Londres con Margot Fonteyn, en los sesenta. Pero todo empezó en un vagón del transiberiano, donde nació en 1938, promesa de nomadismo. Seis años tenía cuando un espectáculo folklórico decidió su futuro. Y veinte, apenas, cuando fue ungido estrella del mítico Kírov de Leningrado (hoy Mariinski, de San Petersburgo).

Duró poco: el 15 de junio de 1961, al cabo de unas galas en París, con escapadas noctámbulas, Nureyev ejecutó su más personal pirueta: en el aeropuerto de París,

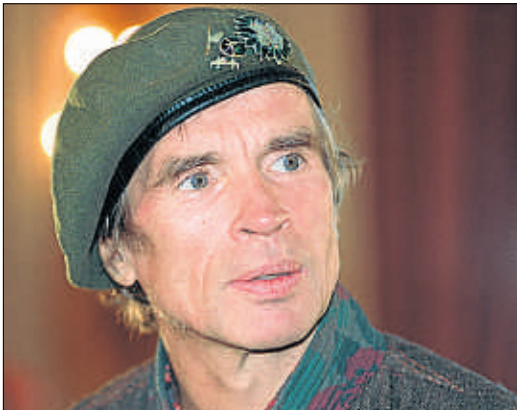
En 1961, en el aeropuerto de París, desertó; le ayudó la nuera de Malraux, ministro de Cultura

de un salto desertó de la compañía y pidió asilo político. Realidad más prosaica: escapó a los agentes del KGB que vigilaban el ballet gracias a la intervención de Clara Saint, nuera de André Malraux, ministro de Cultura.

En realidad, toda su vida fue la de un rebelde que sólo aceptó anclar relativamente en el Covent Garden de Londres y, a pesar de tormentosas relaciones con la burocracia, profundamente en el

Ballet de la Ópera de París, que dirigió de 1983 a 1989 y convirtió en uno de los primeros del mundo.

(Autoridades como Roland Petit o Maurice Béjart lo bautizarán, sin embargo, como *el Fantasma de la Ópera*, porque, por razones fiscales, residía seis meses al año en Austria, país que le había otor-



gado pasaporte, como para indicar que Gérard Depardieu no es ningún pionero.)

En cualquier caso, el primer gesto del joven Nureyev occidentalizado lo motivó el amor: peregrinó a Copenhague para caer en los brazos del bailarín Erik Bruhn, a quien había descubierto. Esa relación amorosa, la más importante en la vida del gran solitario, durará hasta 1986, cuando muere Bruhn.

Personaje de las noches de Pa-

NUREYEV

20 años después vive en sus coreografías



FOTOS: AFP Y GETTY IMAGES / ARCHIVO

Innovador. Según sus colegas, restableció los blasones del intérprete masculino, relegado a

transportador de bailarinas hasta su advenimiento. En las fotos aparece actuando en el ballet *La*

siesta de un fauno y en un ensayo en París, ciudad en la que pidió asilo político en 1961

Universal. Aclamado en todo el mundo, en silueta lo vemos en el ballet *Raymonda*. En la foto inferior, de 1969, es saludado por Isabel II, en compañía de Margot Fonteyn



rís, su mansión del número 23 del Quai Voltaire, asomada al Sena y al Louvre, se entreabría con esa cierta facilidad que allanaba puertas y destruía barreras sociales y que terminó junto con los ochenta.

De hecho, el suntuoso decorado ruso puntuado de elementos franceses, cuadros con la monotemática referencia al cuerpo y detalles como una estrecha y extraña bañera metálica, fue subastado en Londres, dos

años después de la muerte del dueño de la casa.

Menos volátiles, las coreografías y su recuerdo son aún vivaces. Sus discípulos franceses –la genial Sylvie Guillem, Patrick Dupond, Laurent Hilaire, Nicolas Le Riche, Manuel Legris, Isabelle Guérin, Elisabeth Platel...–, es decir, los escasos prodigios capaces de asimilar la enseñanza de quien convertía todo gesto en baile pero a costa de forzar la tradición e incluso esos cuerpos acostumbrados al sufrimiento, coinciden en que “con Nureyev debías doblegar el dolor”.

El maestro daba ejemplo. Hasta el fin. En París, quienes asistieron al estreno de *La bayadère*, el 8 de octubre de 1992, en la Ópera Garnier, no sólo presenciaron el ejemplo vivo de una transmisión generacional –porque el ruso afinado en París restituía y remodelaba el trabajo de Marius Petipa, francés adoptado por Rusia en las postrimerías del siglo XIX–, sino también uno de aquellos momentos de teatro dentro del teatro, cuando entre las ovaciones para los intérpretes y la orquesta, envuelto en larga bufanda roja, frágil y vacilante, Nureyev salió a saludar.

Entre los que se pusieron de pie para aplaudirle, intuyendo que era la última vez, había seguramente algún memorioso para comparar el cuerpo deshecho por la enfermedad y la inminencia de la muerte con aquel, imparable, del Nureyev de 23 años que en ese mismo escenario bailara, por primera vez en Occidente, un fragmento de la coreografía de Marius Petipa.●